



María José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (dirs.), *La sombra de la leyenda negra*, Tecnos, Madrid, 2016. 541 páginas. ISBN: 9788430969135.

¡Analizar la sombra de un hecho histórico! Es agradable comentar la salida al mercado de un libro tan atrevido y pertinente como éste. Para empezar, su tema central es un acierto. Se trata de algo muy vivo aún, después de cinco siglos y con una influencia hoy en día importante en la historia y la política.

Uno de sus méritos, además de su valor historiográfico, es que nos hace pararnos a pensar. En especial, para el campo de la ciencia política puede resultar un buen objeto de reflexión sobre la situación de nuestro saber.

El interés por los mitos, las leyendas y los delirios colectivos no parece ni mucho menos haberse agotado. Y, tras la lectura de este libro, es obvio que queda mucho por hacer.

La leyenda negra española repercutió con gran alcance en la historia europea. Su importancia ha tenido trascendencia en la propia construcción de la identidad nacional de varios países y por supuesto de España, tanto de cara a los propios españoles como a la visión y juicios que otros ciudadanos han tenido y tienen de los españoles.

Se agradece que el enfoque de trabajo se haya planteado aquí claramente con afán de pluralidad, a la vez que de rigor académico. Los autores parciales son numerosos, todos y todas seleccionados cuidadosamente por dos “Directores” que evitan a propósito llamarse “Editores”. En esto como en otros detalles, los responsables de la obra parecen querer mostrarse independientes de las rutinas y protocolos de la historiografía anglosajona.

Estos esfuerzos de equidad llegan envueltos en un planteamiento muy correcto en el que un axioma silencioso es la convicción de que sólo un estudio científico de la historia, y la apertura —ellos seguro que la ven cosmopolita— a la historiografía que manda en la cultura predominante, puede darnos las explicaciones serias a los hechos contemporáneos. Un paso más y estos autores nos recomendarían implantar la única politología objetiva y “seria” que es la que se basa en el estudio científico de la historia. Todo con base documental bien comprobada y el conocimiento de la atmósfera de los escenarios. Historicismo, historicidad dirían ellos, de la mejor calidad.

Un dato habitual en estos ejercicios es que con el tiempo se acaba por confirmar la inclinación de los psicólogos e historiadores más creativos a dar el paso a la política y a presentarse como teóricos de la conducta humana. Una incursión subrepticia en el campo de la teoría política que resulta así *okupada* por estos saberes.

El caso es que, según vamos leyendo la obra, nos damos cuenta del alcance teórico-político de sus indagaciones. Ese es su nervio excitado, lo que nos enseña a estudiar un tema central de la historia de un país que (i) es crucial en la génesis de la identidad del mismo y (ii) genera sentimientos masivos de gran alcance como modeladores del comportamiento colectivo: hispanofobia (p. 61), sed de sangre insaciable como norma de conducta de un pueblo (p. 161) u otros. De hecho, también se va un poco más allá y se nos intenta entrenar al lector a entender de otra forma más com-

pleta la vida pública, recomendándonos que tomemos conciencia de la historicidad (p. 487). También que estemos alerta, aunque sea de reojo, para darnos cuenta de que, en realidad, el debate ideológico responde a una lucha en las profundidades de la disciplina de la filosofía. Es necesario estudiar y comprender las distintas “interpretaciones de la historia” (p. 338).

La consecuencia de todos estos manejos es la eliminación de la importancia de la contingencia. Una pérdida de algo que debería en principio ser fundamental para estos profesionales y que, por el contrario, queda eliminado en beneficio de la inherencia.

Poner como objeto de estudio central la leyenda negra es muy acertado y nos aporta el trabajo de quince serios profesionales de muy buen nivel, incluso alguno prominente. Si bien no queda claro el criterio con el que se les ha elegido, el resultado de esta selección abarca a varias escuelas de trabajo.

Con todo, en una obra que quiere ser sólida en su rigor científico, en su metodología homologable y en la apertura a lo anglosajón, sorprenden agradablemente ciertas sutilezas que aparecen una y otra vez. El ejemplo más notorio es el del propio título que, más que estudiar un hecho histórico sólido en su apariencia, nos anuncia que va a centrarse en “la sombra” de ese hecho, un alarde de flexibilidad imaginativa que podría haberlo sugerido Leo Strauss (1899-1973) o Américo Castro (1885-1972). Por cierto, un maestro, este último, que no parece ser del agrado de estos académicos, ya que, a pesar de tratarse temas tan afines a él, no aparece ni siquiera mencionado. Y no porque esta escuela histórica de ficheros, archivos y documentos certificados o al menos fiables no les haya dado voz a otros autores muy fuera de tono, y de quicio, (caso de Walter Mignolo) que sorprende puedan haber pasado el filtro de un libro tan circunspecto.

En la misma línea buena se puede argumentar acerca de la aportación de algunas ilustraciones que, por sí mismas, hacen una gran aportación creativa al texto.

A veces, casi parece que los responsables del equipo han necesitado salirse del corsé histórico para volar un poco más allá. Ejemplos brillantes serían la propia portada con un grabado precioso de Theodor de Bry (1528-1598), datado “hacia 1574”, o el genial grabado de Francisco de Goya (1746-1828) *La Plaza partida*, de la serie *La Tauromaquia* (p. 519). Una obra que dice más por sí sola de la impronta esquizoide de la cultura hispana que tantos escritos pretenciosos o banales.

Otro mérito de esta publicación es que le ha tocado moverse en un campo minado de fanatismos. Exageraciones virulentas que sorprendentemente muchas veces proceden de concienzudos intelectuales y maestros europeos. Seguramente muchos de estos convencidos guardianes del historicismo y del trabajo bien hecho se podrán sentir incómodos con tanta vaguedad conceptual. Aunque, por otra parte, esto no nos debiera sorprender hoy en día en que aún se sigue utilizando sin empacho el término derecho internacional, a sabiendas de que las naciones no promulgan leyes.

Sorprende que los autores parciales, casi parece para ellos un *cantus firmus*, dedican a encontrar la ingeniería de la identidad a través de la ciencia histórica. Lo hacen con un método depurado ya de toda retórica y entregado unívocamente a la lógica dialéctica. No a la dialéctica hegeliana o marxista, aunque siempre latirá algo de ella dentro de estos afanes, sino a una actitud que algunos dirían dialógica y que no viene a ser más que anti-retórica. Pensamiento pasteurizado y que aporta su producto casi liofilizado, como esos jardines verticales que ya no se secan o los sitios de tomar el *brunch* los domingos en los barrios altos de Bogotá.

A su vez y dada la calidad de los textos, brotan a veces expresiones o apuntes muy profundos. Detalles que ponen al descubierto la tarea por hacer en estas líneas de trabajo. Un caso brillante es la expresión “máquina de guerra ideológica” de Jonathan Israel (p. 203), refiriéndose a la leyenda negra, que aparece como una disonancia muy enriquecedora de las armonías algo acartonadas del conjunto de la obra.

Al leer el texto, diríase que algunos de sus veteranos autores consiguen mantenerse fieles a las convicciones científicas de veracidad, exactitud y precisión conceptual —sin ambigüedad ni ambivalencia—, pero de alguna manera parecen a veces suspirar por recuperar una mayor *inventio*, la parte del pensamiento que tanto valoraban los rétores clásicos.

Para la teoría política puede resultar una buena ocasión enfrentarse a textos como el presente, podría ser una oportunidad para reflexionar sobre la crisis de esterilidad que esta disciplina está atravesando internacionalmente. Quizá porque se está hundiendo el aparataje de las ideologías románticas y eso hace que muchos discípulos intelectuales de Nicolás de Condorcet (1743-1794) estén intentando suplantar la teoría de la política con algo que vuelva efectivamente a lo empírico, aunque con un vuelo argumental de raíces más imaginativas. Es curioso que se esté volviendo a lo que en su momento en la ciencia política empírica (*comparative politics*) se llamó el *formal-legal approach* y que pretendía sintetizar dentro de los protocolos científicos de la posguerra —con sus guardianes de la lógica científica C. G. Hempel (1905-1997), Hans Reichenbach (1891-1953), Ludwig von Bertalanffy (1901-1972), Karl R. Popper (1902-1994), Ernest Nagel (1901-1985) y otros— la tradición del derecho público con la historia de las instituciones. Aquello no salió bien y se agostó definitivamente con la caída del comunismo estalinista en 1989.

La aparición en el siglo veintiuno del concepto de *sociedad vigilante y aletárgica* hoy ha cambiado el panorama. Está permitiendo emerger de ese laberinto romántico de las ideologías en el que la característica común es la militarización de la política y la usurpación dictatorial de los mecanismos de la democracia.

El libro aquí reseñado nos enfrenta en realidad a estos baches del terreno que exploran. Sus autores buscan identidades, nos señalan cómo puede llegarse a trastornar la vida con delirios patológicos —extremosos y dañinos— que son expresados por figuras prominentes y, en tantas otras cosas, valiosas.

Sería difícil entresacar alguno de los quince trabajos que incluye el libro, ya que una virtud de esta obra es la solidez de los trabajos incluidos. Es muy instructivo ver cómo se ha desempeñado este concepto de la leyenda negra tanto en ambientes más o menos ilustrados como en lugares alejados de la metrópoli. Creo que la amena y cuidadosa aportación que hacen los autores, cubriendo una enorme extensión en el tiempo, van a ser un conocimiento clave para conocer la historia de España. Quizá debamos decir que son ya indispensables para la formación de los españoles contemporáneos.

En este sentido parece mentira que realidades como la “Nueva España”, que como territorio de la Corona lo fue durante tres siglos, haya estado ausente de la formación ciudadana de los españoles. Hay en este libro una llamada implícita a enmendar ese error de ignorar partes fundamentales de la historia de la España Moderna. Sólo por eso, esta sabia y esforzada obra se hace recomendable para las bibliotecas españolas e iberoamericanas.

Tiene un valor especial el “Estudio preliminar” de los directores de la obra, “La leyenda negra: existencia, origen, recepción y reacciones” (pp. 11-98), en donde se

puede encontrar el fundamento de este esfuerzo. Un intento generoso por aclarar y dar a conocer un concepto de ingeniería política que ha sido operativo y ha resistido el paso de los siglos como lo han hecho los acueductos romanos.

Digamos por último que llama la atención cómo en pleno siglo veintiuno un libro serio, bien dirigido y con planteamientos tan concienzudos, no haya incluido un Índice Analítico como atención indispensable al lector. Un elemento habitual e indispensable en la producción de ese mundo anglosajón que estos autores con razón tanto admiran.

Giusini Samoggia  
Grupo de investigación *Foro Interno*